

XXIX.

Surge carnifex.

Paris se encontraba, despues de siete meses de lucha y despues de haber ganado dos batallas, en la misma situacion que en Agosto de 1792.

Lo mismo que en Abril de 1792, habia apelado Danton al patriotismo de los habitantes de Paris, y Marat, como en 1792, vociferaba, encontrando eco en la Montaña, que era preciso derrocar la contra-revolucion, y sobre todo no dejar enemigos detras de sí.

Paris fué digno de admiracion, tanto más cuanto que entonces no existia entusiasmo; no, el entusiasmo se ahogó en la sangre de Setiembre; pero tuvo abnegacion.

El arrabal mandó una guardia á la Convencion, y en dos dias armó y equipó tres ó cuatro mil voluntarios.

Los mercados á su vez no dejaron nada que desear: solo el mercado de trigo dió mil voluntarios. Desfilaron delante de la Asamblea muchos, sombríos, con la cabeza inclinada por la costumbre de cargar los sacos en la espalda.

Todo lo abandonaban, mujer é hijos, y merecian por su corazon y por el vigor de su cuerpo el nombre que ellos mismos se daban: *Fuertes para la patria.*

Por la tarde hubo una comida espartana en los mercados.

Cada cual llevó lo que tenia: estos el pan, aquellos el vino, otros la carne y el pescado; los que llegaban con las manos vacías se sentaban á las mesas y comian como los demás.

El unánime grito de «¡viva la nación!» se dejó oír: despues se separaron: todos tenian que despedirse: partian al dia siguiente.

Todas aquellas noticias que abrumaban á los girondinos, puesto que el ministerio girondino habia sido la causa; los errores de un general girondino y la sublevacion de una ciudad girondina, daban pábulo á los ataques de todos sus enemigos; la Montaña, el municipio, los jacobinos, los franciscanos y los arrabales.

Casi todos los girondinos eran abogados, y ya hemos dicho que predicaban la sumision á la ley, y decian: caigamos legalmente.

Olvidaban que las leyes por las que deseaban ser víctimas estaban hechas en 91 y 92, es decir, en una época de monarquía constitucional, y no en plena revolucion.

La ley que invocaban era el suicidio de la república.

Habia un medio de allanar todo; sacar del seno de la Convencion un tribunal que reconcentrase en sus manos el poder, y el que llevaria el nombre de *Tribunal revolucionario*.

Para él no existiria más ley que la de la salvacion pública.

La influencia de los girondinos, que se apoyaba en la *antigua ley*, se neutralizaria; ellos tenian que someterse á las nuevas leyes, y si resistian, se les destruiria.

Pero esto no lo deseaba todavía la Convencion.

Conocia cuánto la debilitaria la muerte de hombres elocuentes, honrados, fieles á la república; que tenian un partido inmenso, y cuyo solo crimen era la vacilacion para empapar sus manos en sangre. Pero en todos los partidos hay individuos que á toda costa quieren que triunfe su idea.

Estos individuos se reunian en el obispado, formando una sociedad que no reconocia el club de los jacobinos.

Esta sociedad tenia tres jefes: Guzman, el español; Tallien, antiguo escribiente de procurador, y Collot de Herbois, ex-cómico.

Los jefes subalternos eran: un jóven llamado Varlet, quien deseaba matar; Fournier, célebre en los asesinatos de Aviñon, y que no conocia más ley que el látigo y el palo, y el polonés Lazouski, héroe del 10 de Agosto, y que era el ídolo del arrabal de San Antonio.

Los seis conjurados, porque conjuracion debe llamarse, se reunieron en el café Corazza y decidieron aprovecharse de la turbacion que reinaba en Paris para promover un levantamiento. Se trataba sencillamente de que en medio del alboroto marchase una seccion contra los jacobinos y otra contra el municipio.

Esta última acusaria á la Convencion por su debilidad y obligaria al Ayuntamiento á tomar de sus manos el poder.

El municipio, teniendo atribuciones dictatoriales, haria expulsar á los girondinos por la Convencion; y si rehusaba, se les asesinaría en medio del tumulto.

Preocupado Danton con la muerte de su esposa, tal vez no pondria obstáculo, y Robespierre, que aprovechaba siempre la ocasion para lanzar invectivas á la Gironda, les dejaria en libertad.

Los mismos girondinos daban armas contra ellos.

Con la mejor buena fé, y para tranquilizar á Paris, decian sus órganos en la prensa, dirigidos por Gorsas y Flevé, que Lieja habia sido evacuada, pero no tomada, y que de todos modos no se atreveria el enemigo á adelantarse en Bélgica.

Al mismo tiempo daban un desmentís real los lijenses, que llegaban medio desnudos, con los piés destrozados por la marcha, llevando del brazo á sus mujeres y á sus hijos sobre los hombros, muertos de hambre, invocando la lealtad de la Francia, y á falta de esta, la venganza del cielo.

El primer alcalde y su relator, preveyendo lo que iba á suceder, y deseando librar al Ayuntamiento de aquella responsabilidad de que estaban amenazados, se presentaron en la Asamblea el 10 por la mañana.

Pidieron socorros para las familias de los que marchaban á la guerra, y sobre todo, pidieron que se formase, para juzgar á los malos ciudadanos, un tribunal revolucionario.

Casi al mismo tiempo se presentaron algunos voluntarios para despedirse de la Convencion.

—Padres de la patria, decian, no olvideis que vamos á morir y que os confiamos nuestros hijos.

Esta arenga era corta y digna de los espartanos, pero reclamaba

implícitamente, por la salvacion de aquellos hijos confiados á la Convencion, el tribunal revolucionario.

Entonces se levantó Carnot, al que llamaron despues el organizador de la victoria.

—Ciudadanos, dijo á los voluntarios, no ireis solos á la frontera; nosotros os acompañaremos, venceremos con vosotros ó moriremos.

Y la Asamblea decidió por unanimidad que ochenta y dos miembros de ella se trasladasen al ejército.

Algunos diputados habian sido encargados de visitar las secciones, y regresaron diciendo que todas insistian porque se crease el tribunal revolucionario.

Juan Bon San Andre se levantó apoyando la peticion, que parecia ser la voluntad general.

Entre tanto Levasseur redactaba el proyecto.

Dos hombres buenos y sencillos que ignoraban estaban construyendo un instrumento mortal.

Juan Bon San Andre, sacerdote protestante, que nos improvisó la marina y la botó al mar, que se volvió marino, y que nos legó despues del fatal combate del 1.º de Junio de 1794 la leyenda consoladora del *Vengador*, que si hasta ahora no, más tarde pertenecerá á la historia.

Levasseur, un médico que, enviado á un ejército sublevado, lo sometió con una palabra.

El tribunal revolucionario se votó, pero dejando para más tarde su organizacion.

En aquel momento y en medio de aquel alboroto apareció Danton, quien hacia tres dias no asistia.

Danton, es decir, su sombra; Danton, tembloroso, delgado, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, los cabellos blancos hácia las sienes, y lívido aun por su contacto con la muerte, subió lentamente á la tribuna cuando de costumbre se lanzaba precipitadamente: parecia que sentia pesar sobre él, sobre su dolor y sobre las consecuencias que habia tenido, las miradas de toda la Asamblea.

Sobre todo las miradas de la Gironda.

Aquel gran partido y todos los que á él pertenecian comprendieron que aquel hombre, al que habian deshonrado con el nombre de setembrista, cuya alianza habian rechazado, podia salvarles ó matarles.

Se adivinaba que Danton llevaba un suplemento de terror sobre el que ya pesaba sobre la Asamblea.

—Habeis votado, dijo con voz ronca, solo como *principio* la futura existencia del tribunal revolucionario; pero no habeis decretado la organizacion. ¿Cuándo se organizará? ¿Y cuándo se dará satisfaccion al pueblo contra los traidores? Nadie lo sabe, por los obstáculos que se encuentran en la misma Asamblea.

Y Danton añadió con terrible sonrisa:

—Hablemos de otra cosa.

La atencion pública redobló, porque ya conocia aquellas sonrisas de Danton.

Os recordaré que en Setiembre salvaron á los presos por deudas, abriéndoles las puertas de las prisiones la víspera de la matanza: pues bien; no digo que hoy las circunstancias sean las mismas; pero siempre se está á tiempo de llevar á efecto una obra justa. Consagrado el principio de que nadie puede verse privado de la libertad sino habiendo sido criminal, ¡abajo las prisiones por deudas! ¡Abajo los arrestos! Es preciso abolir los restos de la ley romana de las Doce Tablas y del cautiverio de la Edad Media: es preciso abolir la tiranía de la riqueza sobre la miseria; que no se alarmen los propietarios, nada tienen que temer. Respetad á la miseria, ella respetará á la opulencia.

La Asamblea tembló.

¿El hombre del 2 de Setiembre anunciaba un 12 de Marzo?

De todos modos, comprendió el sentido y la extension de la ley que se le pedia; se levantó como movida por un resorte y votó la abolicion de la prision por deudas.

—Eso no es bastante, continuó Danton; es preciso mandar que suelten al momento á los presos de esa categoria.

La libertad fué votada.

Hecho esto, Danton cayó en su banco silencioso y sombrío.

En aquel momento, un hombre sentado en el banco de los girondinos rompió una hoja de su libro de memoria, y escribió estas dos palabras de Mecena á Octavio:

Surge carnifex: ¡Levántate, verdugo!

Y firmó JACOBO MEREY.

Danton, á quien un portero entregó la hoja del doctor, la leyó y le miró atónito. Jacobo Merrey se levantó, y como el comendador á D. Juan, hizo seña á Danton para que saliera. Danton salió.

Jacobo Merrey siguió por el corredor, abrió la puerta del despacho en donde había tenido otra conferencia con Danton, y aguardó á este. Un instante después entró el tribuno.

—Cierra la puerta y escucha, le dijo Jacobo.

Danton obedeció.

—En nombre del último suspiro que exhaló tu esposa y que yo recogí, dime: ¿á dónde vas á parar, desgraciado?

—A salvaros á todos, contestó Danton con voz sorda, á pesar vuestro, que correis á vuestra perdición.

—¡Extraño modo! dijo Jacobo Merrey irónicamente.

—Se ve que no has sido ministro de Justicia y que no sabes lo que pasa. Voy á explicártelo en dos palabras, y después volveré á la tribuna para hacer un supremo esfuerzo en favor vuestro. Aprovechaos de él.

—Habla, replicó Jacobo.

—Empecemos por las provincias y concluyamos por Paris. Descuida, que no seré muy extenso. Sabes que Lyon se ha sublevado y que la Convencion no tiene un ejército para enviarlo allá. La Convencion ha hecho lo que hubiese hecho Esparta: ha enviado un ciudadano heroico, un corazón intrépido, un hombre que no se asusta con la sangre, porque desde hace veinte años se lava las manos con sangre diariamente: el carnicero Legendre. Ha hablado como si llevara á retaguardia un ejército de cien mil hombres. Le han presentado una petición facciosa y la ha hecho pedazos; lanzándolos á la cara de los que se la presentaban.

—¿Y si hacemos contigo lo que tú has hecho con nuestra petición? le preguntó uno de los facciosos.

—Hacedlo, contestó. Despedazad mi cuerpo en ochenta y cuatro pedazos, y enviad uno á cada departamento: en todos me erigirán una tumba y condenarán á mis asesinos á la infamia.

—¿Qué ha sido de Legendre? Nada sabemos; lo habrán asesinado probablemente. ¿Sabes con qué nombre y con qué bandera se han pronunciado los lioneses? Con el nombre de *girondinos* y con la bandera de la *Gironda*. El batallón de los hijos de familia, *todos girondinos*, se ha apoderado del arsenal, de la pólvora, de los cañones: tal vez á estas horas ocupan los sardos la segunda capital de Francia y flota la bandera blanca en la plaza de Terrams.

—¿Sabes lo que pasa en la Vendia, en Bretaña? Que están en plena rebelion; y mientras los austriacos nos ponen al pecho la punta de sus espadas, la Vendia nos amenaza con el puñal por la espalda. Allí, por lo ménos, no se ocultan ni se hacen pasar por girondinos. Pero vuestro general nos vende en Bélgica, y tenemos que temer, no solo la retirada, sino la completa destruccion del ejército; no tendríamos ni un solo hombre, ni una poblacion, si Coburgo hubiera lanzado los húsares y hubiese sabido aprovecharse de la irritacion de los belgas, quienes hubieran caido sobre nuestros fugitivos, concluyendo con ellos. A pesar de esto, es preciso conservar á Dumuriez hasta que nos pierda ó hasta que nos salvemos perdiéndole.

En Paris pasa lo siguiente: Los miembros del club del Obispado han decretado la muerte de veintidos de los vuestros: estos veintidos los asesinarán en sus bancos, en la Cámara, y los demás del partido serán conducidos á la *Abadía*, ejerciendo con ellos la justicia de Setiembre. ¿Quieres saber lo que dijo Marat esta mañana antes de venir á la Convencion?

«Nos llaman bebedores de sangre; pues bien; merezcamos este nombre bebiendo la sangre de nuestros enemigos. La muerte de los tiranos es la última razon de los esclavos. César fué asesinado en el Senado: hagamos lo mismo con los infieles representantes de la patria, é inmolémosles en sus bancos, teatro de sus crímenes.»

Entonces Mamin, el que durante todo un día paseó la cabeza de la princesa de Lamballe en la punta de una pica, Mamin ha ofre-

cido que él y cuarenta de los suyos os asesinarían esta noche en vuestros domicilios.

Hébert lo ha apoyado.

«La muerte sin estrépito, dada en las tinieblas, dijo, vengaría de los traidores á la patria, y mostraria la mano del pueblo suspendida á todas horas sobre la cabeza de los conspiradores.»

Esto es lo que se ha decidido; el asesinato en la Convencion á la luz del dia, ó de noche en vuestras casas, como en la noche de San Bartolomé. ¿Adivinas ahora lo que me he propuesto hacer por vosotros? Al proponer la libertad de los presos por deudas he querido haceros comprender que estaba la muerte suspendida sobre vuestras cabezas; he querido daros un postrer aviso.

Has interpretado mal mis palabras; mejor: me obligas á explicarme con claridad. No deseo vuestra muerte. No os amo, pero admiro vuestro talento, vuestro patriotismo, por más que sea mal entendido; vuestra honradez, aunque es antipolítica. Vuelve á la sala y siéntate con tus amigos: diles como cosa tuya, ó mia (pero de mí desconfiarán); diles que se deben armar esta noche ó no dormir en sus casas. ¡Mañana, mañana será de día! Mañana estará organizado el tribunal revolucionario, y si efectivamente sois traidores, tendreis que responder de esa traicion al tribunal.

Merey tendió la mano á Danton.

—No te incomodes conmigo, porque las apariencias me han engañado.

—¿Incomodarme? replicó Danton encogiéndose de hombros; ¿por qué? El odio se reserva para Robespierre ó Marat, y no se necesita odiar para ser Danton.

Jacobo Merey se dirigió á la puerta, pero Jorge se lanzó hácia él.

—¡Ah! exclamó abrazándole y estrechándole contra su corazón: olvidaba lo que has hecho por mí, amigo mio. No sé lo que sucederá; pero siempre tendrás un lugar en mi corazón. Si te ves obligado á huir, ven á mi casa y respondo de tu vida, aunque fuera preciso encerrarte en la bóveda en donde *ella* reposa.

Y agobiado por el recuerdo de su mujer, como un niño al que ahogan las lágrimas, rompió en sollozos en los brazos de su amigo.

XXX.

El tribunal revolucionario.

Danton estaba bien instruido. A la misma hora en que él descubria á su amigo Jacobo la conspiracion, esta se ponía en ejecucion.

Aquellos hombres cuya mision era la de encontrarse á la cabeza de todos los hechos sanguinarios, aquella oleada revolucionaria que desbordaba sin cesar, y á quien era insoportable todo lo que tendiera á fijar la revolucion; todos los hombres que estaban cansados del nombre de asesinos, que les prodigaban desde la tribuna Vergniaud y sus amigos, se habian puesto en movimiento, dirigiéndose á la seccion de Gravilliers: era poco numerosa; los que se encontraban reunidos dormian, estenuados por el cansancio.

—Nosotros venimos, dijeron los conspiradores, en nombre de los jacobinos: los jacobinos quieren una insurreccion para que el municipio tome las riendas del gobierno y que purifique la Convencion.

Pero la seccion de Gravilliers estaba en manos del sacerdote juramentado Jacobo Roms, el que habia sido presentado á Luis XVI para acompañarlo al patíbulo y que el rey no habia aceptado.

En aquella proposicion adivinó el crimen; contestó que el pueblo estaba reunido en un banquete cívico y que á él debian dirigirse.

Se alejaron con direccion á la seccion de las Cuatro Naciones, reunida en la Abadía.

Allí repitieron las mismas palabras, encontraron algunos miembros que se adheriesen á ellos y fueron al banquete cívico, que ocupaba desde la casa de Ayuntamiento hasta el mercado central.